

★

# La última nana de la humanidad

★

*Guillermo Zapata Romero*

★



\*\*\*\*\*

## La última nana de la humanidad

\*\*\*\*\*

*“Han sido, no sé, quince mil años. Está muy bien, ¿no? He vivido mucho tiempo.”  
“Has vivido lo que todos, Bernie. Toda una vida. Ni más. Ni menos. Toda una vida.”  
Sandman: Vidas Breves*

Se lo contaron un martes, que es el segundo día de la semana. Se lo dijeron a la hora de cenar, justo después del segundo plato. El martes es el segundo día de la semana y va entre el lunes y el miércoles. Era una de las lecciones que le había enseñado su padre. Se lo dijeron antes de traer el postre. Un postre especial que su madre había hecho para ella. Un postre que se iba a convertir en su favorito para siempre. Un pastel con nueces. Se lo contaron y le dejaron comerse el pastel entero aunque luego le dolió la tripa. Dijeron que esa noche era especial y que podía comer lo que quisiera, hasta hacerse daño. Al final no se lo terminó, pero le quedó muy poco menos de la mitad de la mitad.

Sus padres la trataban siempre como una persona y le contaban todas las cosas. Decían que los niños también son personas y tienen que saber las cosas. Y por eso se lo dijeron. Le explicaron que se iban a morir pronto. Su madre, su padre y ella misma. Que todas las personas que quedaban en la humanidad se iban a morir pronto. Se habían puesto enfermas, le dijeron. Se habían enfermado y muchas habían muerto ya. Le dijeron que no se preocupara, que no dolía. Que un día te quedabas dormido y ya. Ella preguntó que cuanto era poco. Que si un día o más. Le dijeron que más. Luego su madre se puso a llorar de pronto y su padre le cogió la mano y ella les dijo que iban a estar siempre juntos. Entonces se abrazaron y le trajeron el pastel con las nueces. Sus padres le decían siempre la verdad y se lo contaban todo.

Esa noche la llevaron a la cama y la arroparon. Ella dijo que le dolía la tripa por el pastel que había comido y su madre le dijo que no se preocupara y su padre le dijo que iban a cantar la canción de irse a dormir. Y se despidieron de su oso de peluche, se despidieron de la luz de la luna, se despidieron de las canciones y de los dibujos animados. Se despidieron de Rembrandt y de las almohadas. Se despidieron de los delfines y de los pianos. Y de la opera “La Flauta Mágica”, que es de Mozart. Se despidieron de las mujeres que se llaman Marisa y de los hombres que se llaman Olaf. Buenas noches, humanidad. Hasta mañana.

A la mañana siguiente acompañó a su padre a la panadería de “Polidoro”. Polidoro no era su nombre real, pero se había puesto ese nombre falso porque decía que los nombres reales ya no

importaban. Polidoro era gordo y sonrosado y no paraba de sonreír. Polidoro contaba chistes sobre el fin del mundo. Polidoro tenía una foto de una mujer colgada de la pared y la miraba de vez en cuando, como para recordarse que seguía ahí. Polidoro les dio el pan y su padre le entregó una cinta de música que había grabado la noche anterior con canciones de jazz. Polidoro dijo que no hacía falta y su padre insistió dos veces. Luego Polidoro aceptó la cinta recordando en cualquier caso que él quería hacer pan a cambio de nada. Que no quería que le pagaran, que todo aquello se había acabado. Al volver a casa ella preguntó por qué Polidoro seguía haciendo pan si en el fondo daba lo mismo. Su padre respondió que hacía pan porque ellos iban a pedírselo. Ella no lo entendió, pero supuso que era la típica cosa de mayores que no tenía que entender. Luego saltó entre los restos de acera de la calle y se subió a un banco y dijo que quería ir a ver los perros salvajes de la zona sur de la ciudad. Su padre le dijo que no, que era peligroso.

Su madre y su padre estaban preparando los mensajes y su madre dijo que estaba harta de aquello y que ese año no iba a ir. Su padre intentó convencerla de que sí y se chillaron. Su madre le dijo que tenía que reconocer de una vez la realidad. Su padre le dijo que eso hacía, que eso hacía, que eso hacía. Luego se abrazaron. Eso pasaba muchas veces. Se gritaban hasta que les dolía la cabeza y luego se abrazaban. Pero su madre dijo que no iba a ir a las ofrendas en cualquier caso y a su padre le pareció bien y le propuso que fuera a pasear. Se propusieron hacer un viaje. A ella le sonó bien. Un viaje, podrían hacer eso. Pero no hicieron ningún viaje. En su lugar prepararon los mensajes. Su padre metió en un sobre una de sus cintas de cromo, las llamaba así, de cromo, que tenían escrito TDKD90 en la caja y luego una lista de nombres de canciones y de músicos que le gustaban a su padre. Su madre había escrito una carta y había guardado una foto dentro. Era una foto del abuelo de ella, al que no había conocido. Era un hombre mayor, ella nunca había visto a nadie tan mayor porque al principio los que murieron más rápido fueron los viejos. En la fotografía, aquel señor alto y con gafas miraba hacia el frente con elegancia. Tenía un jersey de punto de color verde con botones marrones y el jersey tenía un bolsillo exterior en el que había un peine. Su madre siempre llevaba cartas y fotos a las ofrendas y no dejaba que nadie las leyera. Les daba un beso y las metía en el sobre. Ella guardó un dibujo de sí misma con vestido de color verde. Se dibujó con coleta y el vestido de verano aunque en ese momento no era verano y al guardar el dibujo en el sobre se preguntó si volvería a ver alguna vez el verano.

Andaron su padre y ella hacia el edificio de las ofrendas, que era el antiguo ayuntamiento. Era una caminata muy larga de más de cuatro horas de ir y de cuatro de volver. Por eso su madre les había hecho unos bocadillos con el pan de Polidoro y cosas que habían sacado del huerto de su casa. Se lo comieron a la mitad del camino, cuando todavía no habían visto a nadie, sentados en una plaza. Ella preguntó por las ofrendas, por qué se hacían. Su padre le dijo que para que quedara algún recuerdo de ellos cuando se hubieran ido. La niña no entendió quién tenía que recordarles y su padre le dijo “el universo” y a ella no le hizo especial gracia. Quiso saber entonces cómo sabían que el universo les recordaría y su padre le dijo que no lo sabían, que confiaban en ello. Y por eso las ofrendas.

Debía ser importante lo de las ofrendas porque cuando se acercaron por fin al ayuntamiento ya había allí mucha gente haciendo cola. Ella no era capaz de calcular cuánta, por eso le gustaba ir a las ofrendas, porque era dónde más gente se juntaba y cogía sentido una palabra que había aprendido pero que casi no podía usar. La palabra era “miles”. Había miles que venían de muy lejos, de más lejos que ella y su padre seguro. De más lejos que ningún sitio donde ella hubiera estado. Había miles de muchos colores, arrastraban los pies, señalaban al cielo, cuchicheaban sin hacer ruido, formaban las colas, entraban en el edificio. Algunos estaban separados de las largas colas y llevaban carteles y trajes de color blanco y máscaras de las de no respirar gas. En los carteles ponían que nos ocultaban la verdad. Ponían que el gobierno nos mentía. Que era culpa suya. Que nos estaban matando. Nadie les hacía mucho caso. Otro grupo, más adelante, regalaba pequeños libritos de instrucciones para prepararse para el gran final. Su padre la protegía de todas aquellas personas. No le dejaba ni que los mirara, como si fueran a darle miedo, pero no le daban miedo. Simplemente no los entendía.

El interior del ayuntamiento era como un gran cubo vacío. En medio había un enorme cohete de color rojo y amarillo que apuntaba a las estrellas (aunque cuando llegaron aún era por la tarde y no había estrellas en el cielo, pero apuntaba hacia allí). Las ofrendas se colocaban en una caja junto al cohete y se transportaban a su interior por una cinta, que las iba acumulando. Todo era muy tranquilo y ordenado. Todo el mundo sabía lo que tenía que hacer. El hombre que estaba delante de su padre y ella se puso a contarles todo lo que sabía sobre la ofrenda y los cohetes. Era una de esas personas que pasaban demasiado tiempo solas y decían cosas que no tenían a veces relación entre sí o de pronto te contaban muchas cosas seguidas. Era simpático. Les explico que éste era el sexto cohete que se mandaba. Su padre y ella habían participado en tres ofrendas, dos con su madre y esta sin ella. Les dijo también que cada cohete tenía un sistema para que si alguien lo encontraba le guiara de nuevo a la tierra a recogerlos. Pero había quién no veía que ésta fuera una solución, porque la enfermedad no la tenía la tierra, sino nosotros. Si no, lo razonable habría sido subirnos en los cohetes y salir de aquí. Hay quien dice que hubo gente que escapó así y que, simplemente, ahora ya no hay tiempo ni dinero para eso. Pero otros decían que los que escaparon murieron en el espacio sin oxígeno. O que se volvieron locos ahí arriba. Su padre le dijo al señor que no les contara ninguna historia más y el señor se calló y puso cara de triste. Luego echó un paquete en la caja como ofrenda y se marchó, aunque seguía hablando con alguien que no estaba allí. Su padre y ella hicieron lo mismo: echaron sus ofrendas y la de su madre y se marcharon de allí.

Lo peor pasó a la vuelta. Su padre y ella volvían a casa y caía la tarde y hacía frío y vieron a un señor que les venía siguiendo. Era un señor que iba con otro chico, más mayor que ella, pero joven. Ya no era un niño, tenía una mata de pelo moreno y el principio de un bigote y el cuerpo alargado y la mirada perdida, tímida. El señor llamó a su padre. El señor era gordo más o menos y tenía un abrigo. Su padre le dijo que no quería nada porque no le gustaba hablar con gente que no conocía, pero el señor insistió y le dijo a su padre que no pasaba nada, que quería solo proponerle una cosa. Su padre se acercó al señor y ella se quedó alejada porque su padre le hizo con la mano el gesto de alejarse. Mientras hablaban el chico se quedó detrás del señor y le sonrió y le saludó con la mano. Ella no respondió porque... No supo por qué, pero

no lo hizo. Su padre enseguida dijo que no. Dijo que no varias veces, primero amable y riendo y luego más serio. El hombre le insistía y alzaba la voz y ella escuchó que era una experiencia que tenían que vivir, que no se podían ir sin eso. Su padre decía que no y se había dado la vuelta y volvía hacia ella y el señor le proponía que le daba dinero y su padre se rió, porque el dinero era inútil. Y el señor se enfadó y agarró a su padre por la espalda y le empujó. Y era un enfado medio enfado medio lloro. Y el señor indicó a su hijo (porque le dijo “hijo”) que fuera a por ella. Y el chico se acercó a ella sin saber muy bien qué hacer desabrochándose los pantalones y ella quería moverse pero tenía miedo de dejar solo a su padre y no entendía lo que estaba pasando. Así que se quedó quieta y lo vio todo como una película muda. Vio a su padre levantarse del suelo. Le vio agarrar al chico del brazo y tirar de él con todas sus fuerzas. Vio como el chico se tropezaba y caía. A su padre arremeter contra el suyo. Al suyo sacar de detrás del pantalón la pistola. Una pistola que ella no había visto hasta ahora que la llevara, pero que su padre la había cogido por la mañana antes de que ella se levantara. Vio a su padre apuntar al señor, que se tiró sobre él. Y entonces la película se hizo sonora con dos petardos fuertes. Y el señor cayó al suelo con una mancha de sangre y un ojo que ya no estaba pero tenía un agujero. Entonces todo empezó a moverse. Su padre la cogió de la mano y se la llevó de allí y ella tuvo solo un momento para mirar atrás y ver a aquel chico torpe del bigote con los pantalones bajados llorando encima de su padre.

Nada más entrar su padre fue a la habitación del fondo, al armario, y rebuscó entre las cajas que tenían allí almacenadas. Sacó una bolsa de plástico que tenía dentro algo marrón y le dijo a su madre que le acompañara. Le prohibieron a ella ir. Se quedó sola en el salón, dibujando y pensando en lo que había sucedido. En su casa se sentía bien, no quería salir. Las personas de fuera eran extrañas y querían hacerle cosas. Recordaba la enorme mano de su padre tirando de ella, mientras se alejaban y las horas de paseo posterior los dos en silencio. Recordaba cómo su padre se había parado un par de veces, como si algo invisible le hubiera dado un golpe en el estómago y se había doblado sobre si mismo, agarrándose la tripa y soltando una especie de gemido de angustia. Ella pensaba que podía estar enfermo. A veces le venía también la imagen del otro chico llorando encima de su padre y tenía sensaciones contradictorias sobre aquello, por un lado le daba pena y por otro sentía que se lo merecía. Era un pensamiento que no quería tener, una imagen que no quería ver. Cerró los ojos e intentó enterrarla entre otras imágenes mas agradables, de brisa en la cara, de hierba en los pies, de pasteles. Pero los pensamientos se hacen más grandes y más fuertes cuando piensas en ellos para olvidarlos, así que no era capaz. Sintió que quería chillar y pensó si aquello sería el primer síntoma de esa enfermedad que los estaba matando. Entonces volvió su madre y la cogió en brazos. Le explicó que papá se había puesto un poco malito e iba estar en el sótano un tiempo, pero que en seguida volvería. Que se estaba tomando una medicina muy fuerte y que había que dejarle en paz. La voz de su madre era dulce y tranquila, le acariciaba y le daba besos, pero sus ojos decían otra cosa. Le dio rabia que sus padres estuvieran todo el día llorando.

Esa noche leyeron un cuento sobre un elefante que quería ser rey. Y luego cantaron la nana nocturna y le dijeron buenas noches a la hierba, buenas noches al sol, buenas noches a los pasteles y las fotografías, buenas noches a los chistes malos (ese se le ocurrió a su madre) buenas

noches a las ofrendas y buenas noches a papá, en el sótano, poniéndose bueno. Su madre le recordó que su padre se iba a poner bien. Que si se estuviera muriendo se lo dirían, que ellos nunca la mentían. Y eso era verdad, así que se tranquilizó. Luego su madre se marchó y le apagó la luz y ella se quedó escuchando la oscuridad. No podía dormirse, pero no estaba nerviosa. Al rato escuchó un ruido. Una especie de gritito que venía de abajo. No se sabía si era de dolor o de otra cosa. Parecía la voz de su madre y se repetía, se repetía y se repetía. Bajó por las escaleras despacio, sin hacer ruido. Desobedeciendo las normas marcadas por sus padres se acercó al sótano de la casa y abrió la puerta. El ruido se hacía más y más intenso. Era una quejido rítmico y venía de abajo. A pesar de que estaba oscuro y tenía miedo empezó a bajar los escalones en calcetines, medio agachada. Las escaleras giraban en una esquina, así que se limitó a asomar la cabeza. Todo era oscuridad menos una bombilla en el fondo. La cabeza de su madre entraba y salía del haz de luz que generaba la bombilla, estaba como en trance, subiendo y bajando y gimiendo. Su padre estaba debajo de ella, boca arriba y sin poderse mover. Su madre saltaba rítmicamente encima de él. Los dos estaban desnudos. Las manos de su padre agarraban a su madre de los pechos y le acariciaban la espalda. Los dos estaban con los ojos cerrados. ¿Se hacían daño? Ella no estaba segura. Se quedó mirando hacia abajo, fascinada. Al poco rato su padre se dio la vuelta y se sentó encima de su madre, con el cuerpo metido entre sus piernas y ahí empezó a embestirla con violencia, sujetándole la cintura con las manos y golpeándole con su cuerpo entre las piernas una y otra vez. Con cada golpe su madre parecía sufrir una convulsión de dolor y luego parecía desaparecer de su propio cuerpo, como si por un momento estuviera inconsciente, o dormida. Al rato empezó a murmurar, primero palabras incomprensibles y luego una frase que se repetía “Dile adiós” “Dile adiós a la muerte” “Úsame a mi” “Úsame a mi y dile adiós a la muerte”. Y entonces acabó todo. Su padre se tendió sobre su madre tras gemir profundamente y se abrazaron, respirando como animales. Ella, al verles de pronto tan quietos y tan juntos, sintió el deseo de irse de ahí, de escapar a alguna parte dónde la quisieran más. Dónde le dejaran un hueco entre esos dos cuerpos que se tenían el uno al otro y no necesitaban nada más. Corrió a la calle y se alejó de la casa hasta que notó que le dolían los pies porque iba descalza. Y sintió frío, porque iba en pijama. Y pensó que el hijo del padre muerto podría volver con sus pantalones bajados a hacerle aquello (en ese momento lo supo) que su padre le hacía a su madre. Sintió un escalofrío y un reguero de repugnancia le recorrió la pierna. Se había hecho pis. Bajó la mano a su sexo y tocó el pis. Lo olió. Miró al cielo. Escuchó el viento y la noche. Cogió aire. Se sentía muy pequeña y muy grande a la vez. Consciente de su peso. Al fondo de la calle le pareció ver la sombra de un animal. A veces los lobos subían hasta allí. No sintió miedo, porque ella era también un animal. Volvió a olisquear el aire, esta vez imitando a un lobo o a un perro (no sabía bien la diferencia entre uno y otro). Y luego volvió a entrar en casa, subió las escaleras y se metió en la cama. Entonces se durmió. Al día siguiente su padre, recuperado, le regañaría por haber mojado el pijama.

Le dijeron que iban a ir a una fiesta. Le gustaban las fiestas y no sabía que fuera a haber una y le hizo muchísima ilusión. ¿Dónde sería? En la montaña. La montaña le gustaba aún más. Su padre parecía contento, pero era su madre la que tenía más ganas de participar en aquello. Estaban hartos de no ver nunca a gente. El viaje era largo y tendrían que ir en bicicleta lo que lo hacía todo muchísimo mejor. A ella le gustaba ir en bicicleta, incluso subiendo las cuestas.

Y a su madre también. Su padre lo odiaba y su madre decía una palabra que a ella le gustaba mucho aunque no la entendía que es que se ponía “taciturno”. A veces había pensado que taciturno era una forma de decir el turno de las tazas, pero le parecía que no tenía sentido. Aún así, le encantaba como sonaba y en la primera cuesta ella y su madre ya estaban gritando y cantando “Taciturno, Taciturno”, e inventando canciones.

Llegaron al valle al día siguiente y encontraron en las vallas de entrada a la fiesta al grupo de personas voluntarias que controlaban el perímetro. Estaban impidiendo entrar en el recinto de la fiesta a algunas personas. Personas parecidas a las que habían visto cerca del ayuntamiento con los carteles. No eran muchos y no estaban formando mucho follón, sino que se mantenían en un lado con sus carteles y el mayor problema era que los que llevaban los carteles que hablaban de “castigo” no querían juntarse con los que llevaban los carteles de “mentiras”. A ellos les dejaron cruzar tranquilamente sin preguntarles por nada. Les dieron la bienvenida y les dijeron que gracias por venir y por celebrar. Ella no sabía aún lo que se celebraba pero su padre la cogió de la mano, la levantó en brazos como cuando era más pequeña y le dijo “No hacen falta motivos para hacer una buena fiesta” y luego le dio un beso. Ya no estaba taciturno.

En el valle había tenderetes de madera y tela que formaban enormes tiendas de campaña dentro de las cuales había comida, escenarios donde se tocaba música, mesas y mesas llenas de gente y mucho ruido. Un ruido enorme que ella no había oído nunca. El ruido de la gente y sus charlas y conversaciones todas a la vez como una bandada de pájaros. Ese ruido se le metió dentro y casi la levanta del suelo. Se soltó de la mano de sus padres y sintió ganas de correr a alguna parte, a todas partes. Había algo más. Algo que empezó como una frecuencia aguda en medio del coro de voces de la bandada y siguió como una certeza visual. Había niños y niñas de su edad. Estaban allí, cogidos de la mano dando vueltas en corro. No pudo contenerse y salió corriendo. Saltó sobre uno de ellos, un poco más pequeño y le dio un abrazo, aplastándolo contra el suelo. Se hizo daño y se rió y al niño le pasó algo parecido. El resto hizo un ruido amenazante, como de manada furiosa y saltaron a la vez sobre ella, muertos de risa. En total, de los cientos de personas que había en la fiesta, no habría más de quince niños. Se entendían de una manera primaria porque, aunque compartían el lenguaje y, en muchos casos, el idioma también, nunca habían jugado juntos, pero en la sinfonía de empujones, carreras y saltos había una especie de métrica común y, desde luego, un entendimiento. No había espacio para amistades individuales, ni descubrimientos particulares. No había favoritos ni nombres. Eran un conjunto de cuerpos que se movían juntos. Ella notó que le gustaba mucho que la tocaran y tocar a los demás.

Por la noche todo el mundo se juntó en la pradera y pusieron una especie de templete al que se iba subiendo la gente. Subían y decían algo. La mayor parte de la gente decía simplemente “gracias”. Gracias, gracias, gracias, gracias. Sus padres estaban cogidos de la mano y sonreían y también abrazaban a otras personas que había allí. Hubo un hombre que se subió y se limitó a aullar como un lobo. Muchos de los que estaban abajo le siguieron y desde luego todos los niños y las niñas, que empezaron a correr alrededor del templete. Todo el mundo se rió mucho. La última en intervenir fue una mujer con el pelo pajizo y rizado con un abrigo verde muy

bonito, hasta los pies. Miro a los presentes y dijo simplemente “Estamos vivos”. Y lo repitió “Estamos vivos”. Y de pronto su madre rompió a reír y gritó “¡Estamos vivos!” y otras personas hicieron lo mismo. Y ella también cogió aire y gritó con todas sus fuerzas “Estamos vivos” “Estamos vivos” “¡Bieeeeeeeeeen!” Esas palabras la llenaron de energía porque eran verdad. Abrazó a sus padres y los tres gritaron que estaban vivos y se pusieron a bailar. Fue la mejor noche de su vida.

A la vuelta su madre propuso que hicieran un desvío y aprovecharan para ir a la playa. A ver el mar. Ella había visto el mar solamente una vez en su vida, de muy pequeña y solo recordaba sensaciones dispersas, como la arena golpeándole en la arena y un color azul oscuro intenso. Su padre, sin embargo, dijo que no, que estaba cansado y quería volver a casa. Así que hicieron el camino de vuelta en las bicis, pero era bajada, así que todo era mucho más rápido y el viento le daba en la cara, que era la sensación que más le gustaba. Al llegar a casa su madre y ella hicieron la cena y dejaron a su padre descansar. Prepararon verduras fritas y unas tortillas. Y luego, cuando ya estaba todo servido y preparado llamaron a su padre para que fuera, pero su padre no fue. Se había quedado dormido y ya no se movía. No sé movía en absoluto. Y no hizo falta que nadie le explicara a ella lo que había sucedido porque lo supo sin necesidad de explicaciones cuando le cogió de la mano y le agarró para ir hacia la cocina. Lo supo al tacto de la mano que había agarrado en tantas ocasiones. Por eso no la soltó, por eso se quedó agarrándola y luego apretándola mas fuerte. Más y más fuerte. Los ojos se le llenaron de lágrimas y miró a su madre, que estaba sentada en el suelo con la mano en la boca y los ojos enrojecidos. Sintió el vacío alrededor suyo y cómo se le agarraba al estómago. Sintió el tiempo que se extendía ante ella como infinito e imposible de transitar y el tiempo que había caminado junto a su padre tan escaso como un instante. Todo aquello había terminado.

No había servicio que recogiera a las personas muertas, había que enterrarlas una misma, o quemarlas. Su padre quería, dijo su madre, que lo quemaran. Así que lo hicieron en una plaza cercana a su casa a la noche siguiente. Su madre estuvo todo el día juntando madera y sin hablar. Lo hacía de una forma mecánica y muy ordenada, pero a la vez extraña. No parecía su madre, sino una especie de impostora más concentrada y más triste. Cuando ya lo tenían todo listo era casi el anochecer y entonces se dieron cuenta de que no tenían combustible. No había nada que prendiera lo suficientemente bien. Su madre se sentó en el suelo, mirando a la nada, dolorida. Como si le hubieran pegado por dentro. Le dijo que se iban a casa. Ella no quiso. A casa. No. No vamos a dejar a papá. Papá está muerto. Así fue la conversación que terminó con su madre cogiéndola y acarreándola calle arriba. Una nueva calle y una nueva mirada atrás, dejando algo atrás. Se preguntó si vivir era eso. No cenaron. Se fueron a la cama y esa noche no hubo despedidas. Buenas noches nada. Buenas noches a nadie, papá está muerto.

Se despertó con un ruido en medio de la noche. Su madre estaba en la puerta, a oscuras. Temblaba un poco y sostenía algo en la mano. Era la pistola de su padre. Ella se asustó y se sentó en la cama, sin comprender lo que estaba sucediendo preguntó una, dos, tres veces: “¿Mami?” “¿Mami?”. Mami levantó el arma y murmuró un “Lo siento”. Ella se incorporó y, de forma casi instintiva, puso la mano delante de la cara. Su madre repitió el lo siento otra vez y luego bajo



de nuevo el arma y se deshizo como si la pistola fuera lo que estaba sujetando todo su cuerpo. Cayó al suelo y chilló muy fuerte, un sonido profundo, gutural. Se golpeó en la cabeza con el puño y enterró su cuerpo con sus brazos. Ella saltó de la cama con el corazón acelerado y la abrazó. La pistola estaba en el suelo, lejos de ellas. Su madre gemía y respiraba con dificultad. Ella le dijo que no se asustara, que estaban las dos vivas. Eso no la animó, la hizo gritar aún más fuerte. Le explicó que su padre y ella habían decidido que lo mejor era que cuando uno de los dos muriera el otro acabara con su vida y con la vida de ella. Que la alternativa era demasiado insoportable, la idea de que ella se quedara sola en un momento dado, sufriendo... Eso generó una sensación extraña e incierta. Hasta ese momento sus padres habían contado con ella un poco para todo. La habían tenido en cuenta, hasta dónde ella sabía, en sus decisiones. Ahora descubría que no era así, que tenían sus propios planes. Al tener ese pensamiento se descubrió pensando en su padre “Mamá, a papá se lo van a comer los perros salvajes”.

Madre e hija andaban por la calle cogidas de la mano. Caminaban a buen paso. Su madre llevaba la pistola en la mano y un palo de madera, largo y tallado con forma de lanza que habían sacado del sótano. Tenía manchas de sangre. Ella no tenía ni idea de dónde venía aquel palo. Su madre le había dicho que se quedara en casa mientras iba a buscar el cadáver de su padre, pero ella se había negado. Su madre la había encerrado y ella se había escapado. Iba a ir, punto. Llegaron a la plaza dónde estaba el cadáver de su padre puesto en la pira incendiaria que nadie había tocado. Los perros estaban allí, unos quince. Merodeando, flacos, con el pelo largo, llenos de heridas de peleas salvajadas., con los ojos tuertos y manchas de sangre. Habían metido a su padre entre sábanas de la casa y uno de los perros estaba tirando de la tela y mordiendo un pie desnudo de zapato. El resto, probablemente por miedo al primero, se había quedado atrás. Su madre entró en la plaza y disparó al aire, sin contemplaciones ni esperar señal alguna, sin avisar. Ella se asustó. Los perros se asustaron. Salieron corriendo todos excepto ese primero que, aunque revuelto, siguió adelante mordiendo y desgarrando la piel. Su madre le indicó con la mano que se quedara quieta y esta vez sí le hizo caso porque estaba muy asustada. Entró en la plaza y disparó de nuevo la pistola, pero falló y no le dio al perro, que lejos de asustarse la miró, enseñó sus garras y saltó hacia ella. Ese perro había sobrevivido a muchas peleas y miraba de frente. Saltó sobre su madre que empuñó la lanza con todas sus fuerzas. El perro saltó y se encontró de pronto en el suelo con medio metro de madera de roble clavado en el pescuezo. Gorgogeo y pataleó como una mosca justo antes de morir. El sonido era horrible. Su madre le clavó de nuevo el palo para rematarlo. El resto de perros habían desaparecido. En ese momento ella se atrevió a entrar en la plaza, pero su madre volvió a detenerla. Se acercó a la pira dónde tenían a su padre y le volvió a vendar el pie con mimo. Luego lo pusieron en una carretilla que habían usado para llevarlo hasta allí y lo llevaron a un parque cercano. Allí lo enterraron.

Su madre y ella establecieron nuevas reglas. Dormían juntas, se contaban todo, decidían las cosas juntas y se preguntaban. Polidoro había desaparecido, así que dejaron de tener pan, con lo que decidieron aprender a hacerlo. No se les daba muy mal, aunque no era lo mismo. La foto de la pared de Polidoro se fue con él. A ella le resultó reconfortante que se fuera porque le daba miedo encontrarle un día, de buenas a primeras, muerto en su tienda. Así era mejor. A

la vez, empezó a hablar por las noches con su muñeco de peluche. Se lo dijo un día a su madre porque se sentía un poco traidora por compartir con el muñeco, al que no había puesto nombre, cosas que no compartía con ella. Su madre le dijo que era normal, que se estaba preparando para quedarse sola cuando ella muriera. Tener una voz con la que hablar, aunque fuera la de su cabeza, entrenar eso, era importante para cuando se quedara sola. Desde la muerte de su padre, su madre tenía asumido que iba a morir antes que ella y que sucedería pronto. Hablaba de la muerte todo el rato y la convirtieron en una fuente constante de conversación. Hacían planes para cuando su madre muriera porque, si moría ella antes, su madre no seguiría adelante y se suicidaría. Hablaban de la muerte para planificarla. No veían a nadie más a su alrededor. No vieron a nadie durante meses. A veces su madre le preguntaba si ella era real porque creía que se estaba volviendo loca, que nunca había tenido una hija, que su hija era el muñeco con el que ella hablaba ahora que estaba sola. Ella por su parte le preguntaba al muñeco si ella era real. Había días de risas y había días de angustia. Se hizo una rutina de la muerte y los planes para ordenarla. Hicieron una lista de cosas que querían hacer antes de morir. Su madre ponía cosas y luego las tachaba porque eran imposibles. A ella no se le ocurría nada. Por las noches cantaban la nana. La cantaban las dos y le daban las buenas noches al mundo. Pero pronto se dieron cuenta de que no pasaba nada. Que no morían, que no avanzaban, tampoco. Empezaron a sentir la necesidad de irse a alguna parte, de hacer algo. Su padre nunca quiso ir a la playa y quizás podrían ir de nuevo hasta allí, aunque estaba lejos ¿Por qué no? Empezaba a hacer calor.

El mar era azul oscuro, intenso y peligroso. Las olas eran altas y rompían contra las rocas llenándolo todo de espuma. Cuando llegaron llovía y la lluvia era, de alguna forma, reconfortante. Pasaron por la playa y esperaron a que terminara la tormenta para poner la tienda. Luego se fueron a bañar. Ella nunca se había bañado en el mar. Tenía miedo y excitación a partes iguales. Estaban desnudas las dos y su madre nadaba hacia el interior invitándola a subir y bajar las olas. Ella lo hacía convirtiendo la angustia en nervio. Luego se agarraba al cuello de su madre y pateaba nerviosamente en el interior del agua. Había muchísimos peces y sentía que debajo de ella había un mundo vivo que podría tragársela si se quedaba quieta. Les costó secarse por la lluvia, pero luego hicieron una fogata y se sintieron mejor. Desde hacía tiempo se preguntaban si, quizás, ellas dos eran las únicas personas que habían quedado de toda la humanidad, porque llevaban demasiado sin ver a nadie. Imaginaron una historia en la que una nave alienígena llegaba a la tierra y se encontraba el planeta completamente vacío, sin gente. Tan solo los restos de una civilización perdida. Su madre se ríe ante la idea de que todas las ofrendas que habían enviado al espacio buscando no se sabe qué hubieran dejado la tierra sin señales de su existencia. Le divertía imaginarse las confusas teorías alienígenas sobre qué había sucedido aquí. Luego comentó que quizás los aliens ni siquiera veían la realidad como nosotros y se fijaban en la historia de los colores o en la memoria liofilizada del plancton. Ella no sabía lo que era el plancton y su madre le dijo que era lo que había hecho posible la vida durante muchos años. Ella no sabía si era verdad o no, pero le gustaba ver a su madre tan relajada. Miraba hacia el mar con una media sonrisa. Esa noche se despertó y encontró que estaba sola en la tienda. Su madre estaba en el exterior, mirando al mar de pie y con algo en las manos. Era la foto de su padre, del abuelo de ella. Estaba ardiendo en sus manos. Su madre dejó

que se consumiera y luego sopló las cenizas. Quizás no quería que los alienígenas encontraran ninguna pista de la presencia de su abuelo en la tierra, o quizás era otra cosa. Cuando su madre volvió a la tienda se hizo la dormida para dejarle su intimidad, pero su madre la descubrió y la abrazó, sin enfadarse. Seguía sonriendo. Se durmieron después de cantar la nana nocturna a medias: “Buenas noches peces, buenas noches aliens, buenas noches dibujos hechos en la arena, buenas noches foto del abuelo, buenas noches cosas que hacen que tengamos cosquillas en los pies, buenas noches fuego, buenas noches reproductores digitales de canciones, buenas noches bicis... Buenas noches papá”. Aunque su madre no dijo papá. Su madre llamó a su padre por su nombre y luego sonrió, aunque algo más triste. Normal. Ella también estaba triste, pero se le pasó pronto.

Se fueron de la playa con intención de buscar una ciudad cercana. Ella había dejado de estudiar y su madre parecía dispuesta a, simplemente, vagar por lo que quedara de esa tierra en la que quizás estaban ellas dos solas y nadie más. A su madre le hacía ilusión ver una ciudad abandonada por completo. Quizás lo estaba, quizás no, pero quería descubrirlo. No llegaron hasta la ciudad porque por el camino descubrieron que aún quedaba gente. Caminaban desde hacía mucho tiempo y tenían muy mal aspecto, demacrados, tristes, con las ropas sucias y, en algunos casos, rotas. No había niños ni niñas en el grupo. Solo adultos con gesto vacío. Se cruzaron con ellos y no les saludaron. Aparecieron en una curva de la carretera y pasaron a través de ellos como si fueran fantasmas. Como vinieron, se fueron. ¿Qué les pasaba? Esa noche, durmiendo en su tienda elaboraron juntas la posibilidad de que la enfermedad que estaba matando a la humanidad estuviera pasando y ya no moría la gente de pronto, sin embargo, nadie había podido decírselo a la gente porque nadie lo sabía y mucha gente se había quedado sin nada para hacer. “Sin propósito” fue la palabra que dijo su madre. Y simplemente vagaban esperando que llegara una muerte inminente que no terminaba hacerse real. La idea les dio el miedo suficiente para buscarse un propósito que les permitiera seguir adelante. Quedaron en hablarlo al día siguiente. Pero al día siguiente no hablaron de nada porque su madre no volvió a levantarse.

Quemó a su madre en el interior de la que durante los últimos meses había sido su casa. La envolvió con cuidado en los sacos y las mantas y usó la hoguera que habían preparado la noche anterior con rocas y palos para prenderle fuego. El humo era negro y tóxico. Le hizo toser y le llenó los ojos de lágrimas e irritación. Tanto tuvo que alejarse de su madre que casi no podía verla. Se había convertido en una bola de fuego y humo negro. Sin embargo, más allá de la irritación al principio, no lloró. Es como si llevaran mucho tiempo preparándose para ese momento. Pero luego, caminando ya sola, se sintió culpable por no sentir la muerte de su madre y se encontró sentada en el suelo temblando y llorando con espasmos terribles. Había habido un momento, en la playa, en que creyó que no moriría, allí. Que no habría más que un momento eterno que se iría alargando en el futuro y que, simplemente, se quedaría allí, en esa especie de felicidad para siempre. Luego pensó que nada las había obligado a moverse de allí y sintió rabia por haberlo hecho. Quizás si no se hubieran ido, quizás si siguieran en la playa... Pero su madre quería ver una ciudad abandonada. Su madre quería que tuvieran un propósito para no andar vagando como fantasmas por la tierra y quizás eso fue lo que la mató. Entonces sintió

rabia. Todo pasó muy rápido, aunque a ella se le hizo eterno. La rabia se convirtió en certezas. La certeza de que estaba sola, de que iba a morir, de que no había propósito posible porque nada era importante porque no había salida. Solo quería tumbarse en el suelo. En el suelo de hormigón de una carretera de dos carriles a cada lado por la que hacía ya muchos años que no pasaba ningún coche. Solo quería tumbarse ahí. Así que en ese momento, también muy rápido se quedó dormida.

Despertó de una pesadilla, sobresaltada. Debía haber dormido mucho porque estaba anoche-ciendo. La pesadilla no le había dejado descansar bien y le dolía la cabeza y se sentía poco más que un jirón de viento. No una persona, solo un volumen sobre el suelo. No sabía dónde ir. Entonces recordó que cerca de la tienda de campaña mortuoria había dejado su bicicleta y la idea de sentir el viento en la cara mientras pedaleaba le resultó reconfortante. Quizás debía haberlo pensado mejor porque al acercarse a la tienda calcinada tuvo que oler el conjunto de carne carbonizada y plástico en el que se había convertido su madre. Se tapó los ojos y caminó a ciegas después de ver un poco del pelo adherido a lo que quedaba de un saco. Si hubiera comido algo lo habría vomitado casi seguro. Se subió a la bicicleta y pedaleó lejos de allí. Con cada pedalada sentía una cierta ligereza que le salía de la boca y le iba a la nuca, de ahí a la espalda y luego se evaporaba. ¿Se sentía mejor? ¿Se había acostumbrado a perder a sus seres queridos? No lo sabía, sólo sabía que tenía prisa y no tenía más lugar al que ir que a conocer la ciudad abandonada a la que quería ir su madre. No porque pensaba que allí habría algo importante, sino porque necesitaba una referencia para moverse. Se dijo que ya le daría sentido a su viaje al llegar.

Tardó tres días en alcanzar la ciudad abandonada. Tres días en los que comió lo poco que le quedaba en la mochila que su madre había dejado. Se dio cuenta de que siempre habían tenido comida de reserva, como si su madre intuyera que ella iba a morir y quisiera dejarle algo de protección. En cualquier caso tenía que encontrar la forma de comer y tenía que hacerlo rápido. No sabía si se había extinguido ya la mayor parte de la gente o, simplemente, en su desplazamiento, se había alejado de los lugares donde estaban. Pensó entonces que vería la ciudad abandonada y, si allí no había nadie, volvería cuanto antes hacia su casa, deshacería el camino andado y se prepararía para vivir solar. Por el camino habló mucho con su muñeco de trapo, pero notó que a veces se enfadaba y se mostraba pesimista y no la ayudaba a seguir adelante del todo. Pero cuando pensaba en deshacerse de él el muñeco le insistía en que sin compañía adecuada se volvería loca. Tenía razón. Ella pensó que cuando uno está solo está dispuesto a soportar cosas de la gente que no soportaría estando acompañado. No le pareció mal, el muñeco también estaba solo y tenía que soportarla a ella.

La ciudad abandonada estaba construida en un valle. Aunque decir construida era una especie de mentira, parecía más bien nacer. Primero con algunas casa dispersas, poco a poco con calles y finalmente con grandísimos edificios que ella no había visto jamás. Enormes monstruos de vidrio que se alzaban hacia el cielo, rodeados de musgo y plantas que crecían entre los coches. La naturaleza le había ganado terreno al acero y el cristal. Pero no había ni un solo ruido, así que decidió llenar un poco ese vacío con su propia voz y chillo: “Hola” “Hola” “Soy

yo” “Estoy aquí” y luego lo repitió porque le hizo sentir bien. Soy yo y estoy aquí. Su peluche opinaba que sería un gran alivio que hubiera algún otro yo y que también estuviera por allí, pero ella no le escuchaba. Quería subir a uno de esos edificios tan altos.

La ascensión le llevó horas por unas escaleras por las que a partir del piso ocho ya no había verde. No sabía cuánto había tardado, pero estaba derrotada. Sin embargo había merecido la pena. Allí arriba se estaba muy cerca de las nubes. Hacía un viento enorme y todo parecía más frágil. Se acercó al borde de la azotea y miró hacia abajo. Se mareó y tuvo que sentarse en el suelo. Se tumbó y pensó qué era lo que quería hacer. Qué era lo que más le gustaría hacer. Tardó un poco en darse cuenta. Al principio no le venía ninguna idea. Pero luego se formó la posibilidad de preparar algo. Algo especial.

Iría a la ciudad, buscaría pinturas, cosa que no le llevaría mucho porque en todas las casas hay pinturas. En su casa, al menos, había pinturas y por tanto suponía que en otras casas sería parecido. Si no en alguna de las habitaciones que había visto subiendo. Cogería pinturas y pintaría algo ahí arriba. Algo enorme, un saludo que se viera desde el cielo. Así los aliens que estaban buscando la tierra (porque tenía que haber unos aliens que estaban buscando la tierra) podrían encontrarles. Haría aquello y así descubrirían a la humanidad. Si no podían salvarse, por lo menos podrían conservarse. Bajó unos cuantos pisos y entró en varias salas. Había aparatos modernos, pero estaban apagados y sillas con ruedas muy divertidas y salas enormes con el suelo como de alfombra y superficies blancas con rotuladores. Sólo eran rojos y negros, pero había un montón. Y pintaban. Así que se puso manos a la obra.

Decidió dibujar una mano saludando, era lo más práctico. Y se puso a ello a pesar de las quejas constantes de su muñeco que consideraba aquello un gasto de energía inútil comparado con el de ir a buscar a alguien que les hiciera compañía. Ya les harían compañía los aliens cuando llegaran. Le mandó a por comida pero no quiso ir, así que tuvo que buscar eso también. Le costó bastante más y tuvo que salir del edificio. Pero había casas con huertos que tenían patatas y lechugas y tomates. Lo que comían en casa. Se preparó una bolsa y se la subió con víveres para una semana. No pensaba bajar de allí hasta que el mensaje no estuviera terminado.

Sucedió al quinto día, cuando estaba terminando de pintar el tercer dedo. Tuvo una especie de pinchazo en la parte de atrás de la cabeza y sintió que se mareaba un poco. Al poco pasó, pero se veía poco concentrada para seguir pintando, así que se sentó en el suelo. Hacía mucho calor y mucho sol, el cielo estaba totalmente despejado con lo que la sensación de estar cerca de las nubes ya no era la misma y parecía, de hecho, que volvía a estar todo muy lejos a pesar de estar tan arriba. Al poco se incorporó para volver a pintar, pero sintió un hormigueo en los pies y prefirió quedarse sentada. No le apetecía moverse. No distinguió exactamente el momento en el que se dio cuenta. Simplemente había un momento en el que no estaba allí y luego ya era algo evidente. Se estaba muriendo. Lo primero que pensó es que no había podido pintar completa su mano y que ahora los aliens no verían las señales y nadie sabría nunca que había existido algo como la humanidad, que no habría rastro alguno de los seres humanos.

Solo recuerdos flotando en cohetes que quién sabe si llegarían a alguna parte. Aquello primero la enfadó pero pronto se dio cuenta de que le daba igual, de que el hormigueo que sentía era agradable y que prefería ese hormigueo que ya le ocupaba casi las dos piernas que cualquier otra cosa en el mundo. Decidió tumbarse y disfrutar de la sensación. Hacerse uno con ella.

El hormigueo la fue abarcando poco a poco y notó como si su mente también empezará a burbujear. Aquello era lo mejor que le había pasado nunca y supuso que por eso la gente que se moría se quedaba tan quieta, para seguir sintiendo aquello. Pero de pronto cesó. No había más hormigueo. Solo una sensación de sueño. Un sueño que la envolvía, que la abrazaba y tiraba de ella hacia una profundidad desconocida. Se dejó hacer. Pensó en algo que le parecía importante.

Buenas noches cielo. Buenas noches aliens. Buenas noches canciones que graba papá en cintas de cromo. Buenas noches Polidoro. Buenas noches cohetes que apuntan a las estrellas. Buenas noches lobos devoradores. Buenas noches tienda de campana en la que quemé a mamá. Buenas noches señores con carteles. Buenas noches carpa preciosa. Buenas noches niños y niñas a los que conocí solamente una noche de mi vida. Buenas noches sensación de nadar rodeada de peces. Buenas noches gente que vaga sin rumbo y sentido. Buenas noches planes. Buenas noches tristeza. Buenas noches pastel de nueces. Buenas noches bicicleta. Buenas noches dibujos que hago. Buenas noches mamá. Buenas noches papá.

Luego pensó que era curioso. Que aún era de día.

Y murió.

\*\*\*\*\*

Texto: Guillermo Zapata Romero, Licencia Creative Commons Atribución – No Comercial – Compartir Igual  
Imagen de portada: William F. Horton, ilustración para la revista *The Savoy* N<sup>o</sup> 7, 1896. Vía Public Domain Review, Dominio público

Tipo de letra: *Fanwood Text* y *Chunk*, The League of Moveable Type, Licencia Open Font

Diseño y maquetación: Ana Méndez de Andrés